

HOMENAJE A D. JUAN ZARAGÜETA

Presentación

EL HOMBRE D. JUAN ZARAGÜETA

Por J. IGNACIO TELLECHEA IDIGORAS

Homenaje a D. Juan Zaragüeta. ¡Por fin! Porque sin ser muy observadores, se habrán dado cuenta de que bajo ese epígrafe aparecen dos fechas: una, reveladora de intenciones. Murió D. Juan en San Sebastián en 1974, pero nació en Orio en 1883. Y dije ¡por fin!, porque este acto estaba preparado para los últimos días de 1982, a las puertas del Centenario del nacimiento de D. Juan, y por causas imprevisibles no tuvo lugar. Falló por segunda vez cuando concluía su año centenario; una tercera vez este mismo año que ahora terminamos, por coincidencia con el Homenaje a Zubiri, algo que hubiera disgustado mucho al propio Zubiri que sentía gran veneración por D. Juan; y todavía una vez más, en el curso de este mes de diciembre por coincidir con un gran acto musical en nuestra ciudad.

Entretanto nuestro disertante de esta tarde, Adolfo Cruz Alberich, donostiarra de nacimiento como su madre e hijo de dos buenos amigos, ha madurado su tesis doctoral precisamente sobre D. Juan Zaragüeta y se dispone a leerla en los próximos meses. Si os digo que, antes de él, quien había recogido una bibliografía más amplia de D. Juan Zaragüeta, apenas reunió del centenar de títulos, y Cruz Alberich ha sobrepasado los trescientos, queda probado, sin miedo a equivocarse, que nuestro joven conferenciante de esta tarde es quien mejor conoce la vasta producción de D. Juan Zaragüeta. Posiblemente su gran problema esta tarde no es cómo llenar el tiempo, sino cómo resumir tan enorme campo. El ha estudiado complexivamente y en profundidad el pensamiento de Zaragüeta en sus múltiples facetas y no voy a caer en la tentación presuntuosa de invadir su terreno hablándoos de ello.

En cambio, yo traté a D. Juan Zaragüeta mucho más que él, y sí quiero decir algunas cosas que sirvan de aperitivo para el plato fuerte de la conferencia de Cruz Alberich. Mi imaginación me devuelve una primera estampa de D. Juan —cuando yo tenía unos quince años—, paseando en compañía de otro hombre ilustre, los dos ensotados y con sus tejas, coloquiando en el Paseo Nuevo de San Sebastián una tarde de verano. Aquella estampa venerable, aquellos nombres ilustres, apuntados por alguien mayor que yo, quedaron grabados en mi memoria: D. Juan Zaragüeta y Asín Palacios, el gran maestro de los modernos arabistas. Mi trato con D. Juan se iniciaría unos años más tarde, en mi última etapa de Seminario, cuando nos encontrábamos en las Conversaciones Católicas de San Sebastián, de las que era participante asiduo. A partir de entonces, D. Juan nos distinguió con gran afecto al que hoy es mi Obispo, D. José María Setién, y a mí.

A partir de 1957 y durante mis estancias periódicas en Madrid durante diez años, muchas veces le visité en su hotelito de la calle de Los Olivos, con paredes cubiertas de libros, y él me correspondía con una visita veraniega anual en mi rincón de Ituren, donde teníamos un sillón enorme que llenaba gustosamente la gran humanidad de D. Juan, quien nunca tenía prisa por volver a San Sebastián. Con él solían ir D. Pedro José Irastorza y D. Pedro Zaragüeta. Como antes o después de aquella visita, D. Juan asistía al Convegno filosófico de Gallarate, en Italia, acabamos designando nuestro encuentro con un poco de humor como el «Simposion de Ituren».

D. Juan me traía sus últimos artículos, comunicaciones o libros, de los que poseo buena colección. D. Juan era un hombre corporalmente sólido, alto, robusto, y seguramente sobrepasaba los cien kilos. Tenía una voz abaritonada maravillosa, una dicción clara y agradable con muchas inflexiones, una tranquila gravedad, que rompía fácilmente en risas y hasta en grandes carcajadas, por ejemplo, cuando su primo Pedro, ex-alcalde de San Sebastián, contaba fabulosos episodios y «susedidos» de la vida política local de antaño, que si ahora les repitiera a Ustedes, repetirían las carcajadas de D. Juan. D. Juan era un hombre fundamentalmente serio, muy trabajador, voluntarioso, pero con gran sentido del humor, y nunca dejó de ser profundamente donostiarra, a pesar de que su vida profesional transcurrió lejos de su txoko.

Yo también le gastaba algunas bromas y una de ellas se la voy a contar. En las últimas etapas de las Conversaciones a D. Juan, ya setentón, a veces le solía vencer el sueño en las sesiones. Bien arrellanado en su butaca, parecía encajar su recia cabeza, ya calva, en los fuertes hombros sin inclinarla, cerrar los ojos y echarse su sueñecito, aunque por otra parte no perdía comba de lo que se decía. Una vez que me tocó contemplarlo de frente, descubrí su gran parecido con una estatua moderna de un escultor francés que representaba el busto de Santo Tomás, corpulento como D. Juan—se dice que su mesa tenía una lijera curva que facilitaba una mejor acomodación de su parte delantera para su trabajo intelectual—. Sea como fuere, se me figuró la representación viva del Aquinate y, por concomitancia, desde entonces hasta que él murió, le recordaría muchas veces algo que después diré, pero que requiere una aclaración previa que podíamos titular: «la coleta» de Don Juan. El D. Juan de los setenta años, tenía siempre proyectos en vista que me los explicaba concluyendo con esta frase: «Y después de eso, me corto la coleta». Pero así como los toreros, los hombres que se cortan la coleta, se despiden de la plaza y del toreo, y reaparecen por aquello del «gusanillo», D. Juan siguió publicando libros hasta los noventa años, pero seguía repitiéndome anualmente la frase. Cuando publicó, ya anciano, los tres tomos de Filosofía y Vida, parecía que la frase iba camino de resultar verdadera. «Ahi está mi filosofía y mi vida», decía él. Pero no se cortó la coleta. Aún salieron varios libros más, como la recopilación de sus cincuenta años de vida periodística. Lo cierto es que entre el chiste de la «coleta» y la semejanza física con Santo Tomás, yo le tentaba desde aquella visión del D. Juan estatua-durmiente, con un añadido, que a pesar de repetido, siempre le cogía de sorpresa: «Don Juan, ahora, ya sabe... como Santo Tomás. Olvide la Filosofía e imítele. El murió dictando un comentario al Cantar de los Cantares». La risa, la carcajada, los aspavientos de D. Juan con la cabeza, se sucedían infaliblemente, acompañados de esta frase: «¡Pero hombre, qué cosas se le ocurren a Usted». D. Juan me trataba de Usted, como a todo el mundo, y era elegante y respetuoso con todas las personas.

D. Juan fue avanzando en años. Una vez se cayó y le tuvieron que operar, El Dr. Marañón admiraba su fortaleza y su voluntariedad y tengo que decir que le veneraba como persona, con una ra-

zón íntima ulterior que a mí me la confesó, diciéndome: «El padre de D. Juan, médico, asistió al parto de los hijos míos que nacieron en San Sebastián». También sentía gran respeto por él Xavier Zubiri, venido al mundo también con la ayuda del ginecólogo Zaragüeta, y del mismo participaba su señora. Cuando hace unos meses dije a Carmen Castro que preparábamos un homenaje a D. Juan, sin tiempo de pensárselo dos veces, me dijo: «Me parece muy bien. Era un caballero, un sabio y un santo».

También nuestro Doctor Munoa podría contar algo de las impaciencias de Don Juan cuando le operó de cataratas. A los muy pocos días, y de modo enérgico e imperativo, le exigía algún resquicio, en esas horas largas de oscuridad y ojos tapados, para ver lo guapos que estaban sus sobrinos; enseguida fue para poder leer y no se contentaba con no poder escribir. Su familia nos podría contar los sobresaltos padecidos cuando se increbió, él solo, en un viaje turístico de barco para conocer los países del Báltico.

Y como estos entremeses llevan traza de parecerse a los del antiguo Pannier Fleury, —el de Rentería, el actual no lo conozco—, hay que terminar, dejándoos un buen sabor de boca. Cuando D. Juan cumplió los noventa años, muchos de los plácemes que recibía iban acompañados de esta glosa: «¿Qué tal se siente a los noventa?». Felicitaciones y glosa me las comentaba a mí, no sin cierto punto de irritación: «¡Qué tontería! Pues lo mismo que a los 89!». Y es que era verdad. D. Juan seguía sin cortarse la coleta y sólo bien pasados los noventa entró en decrepitud. Ochenta muy largos tenía cuando me invitó a almorzar con él en su villita de Madrid. Por mor de vejez se puso una servilleta especial que le cubría pecho y hombros. Pero no fue de viejo, sino de joven, el «saque», como aquí decimos, de que hizo exhibición, sin aspaviento alguno. Yo estaba impresionado ante lo visto, cuando pasamos a tomar el café a una salita. El dio una voz pidiendo la sacarina y explicándome aquella decisión: «Sí, sabe Usted, es que el médico me ha recomendado la sacarina para no engordar». Yo muy serio, le dije: «Pero, Don Juan, después de todo lo que ha comido... ¿sacarina?». Rompió en carcajada y gritó de nuevo: «¡No traigas la sacarina!».

Ese era Don Juan Zaragüeta Bengoechea, gran caballero, gran humanidad física y espiritual, gran trabajador, cabeza que cua-

driculaba los problemas y amaba mucho la precisión en el lenguaje. No en vano dedicó sus esfuerzos a componer un Diccionario filosófico de términos. Hombre rectilíneo, insobornable, pensador, gran amigo, respetuoso y respetado, un buen espécimen de guipuzcoano, de oriotarra de remada pausada y profunda por el mar de la vida. No he mencionado sus títulos, sus honores; los teneis impresos en el programa. Ni su gran amor a su tierra, a la tierra donde nació y murió a punto de cumplir el periplo de un siglo. Hablándoos del hombre, sin duda habré despertado vuestro interés por el filósofo. Del filósofo nos va a hablar D. Adolfo Cruz Alberich.

